



## SE PUEDE SACAR AL DEMONIO DEL INFIERNO...

## LUC

No es que me queje, pero uno de los principales inconvenientes de ser un demonio convertido en humano es que ya no soy indestructible. Me quedo mirando atentamente al espejo, a mi rostro cubierto de sangre y enjuago la hoja de afeitador en el lavabo. Mientras analizo detenidamente todas mis heridas recientes, me pregunto cuánta sangre podrá permitirse perder un humano.

Lo que me lleva a otro de los inconvenientes de ser un humano: la higiene personal. La razón por la que el Todopoderoso diseñaría a los humanos de modo que necesitaran tanto mantenimiento es algo que se escapa a mi entendimiento. Y durante todos estos siglos había creído que nosotros, los demonios, éramos los que estábamos sometidos a las torturas.

Todavía me cuesta entender todo esto, mi nueva vida. Frannie. Me desperté en mi coche esta mañana con el corazón en un puño porque, por un instante, pensé que todo había sido un sueño. Pero fue mi dolorido corazón, y sobre todo el hecho de estar dormido, lo que me convenció de lo contrario. El azufre no duele.

Lo que me lleva a otro inconveniente: dormir. Ahora que tengo que dormir, no puedo proteger a Frannie como quisiera hacerlo. Con un poco de ayuda de la cafetería Starbucks, logré aguantar hasta anoche. Pero la madrugada me ha encontrado profundamente dormido en mi coche, delante de su casa, apoyado contra el volante y babeando sobre la manga de mi camiseta. Voy a tener que organizar turnos con Matt.

Frannie insiste en que no necesita ningún ángel de la guarda, pero yo estoy contento de tener ayuda. Evidentemente, no he sido del todo honesto con ella. No sabe que sigo vigilando su casa todas las noches. Probablemente me enviaría a la mierda si supiera que lo hago. Me resulta un poco embarazoso saber que

mi novia, de uno cincuenta y cuarenta y cinco kilos, podría darme una patada en el culo, pero por desgracia es así.

—Frannie está de camino.

Aunque la voz suena suave y armoniosa, no puedo evitar asustarme cada vez que la oigo. Me alegro de que la cuchilla esté en el lavabo, porque de haberla tenido en la cara, me hubiera hecho una nueva herida.

Doy un salto y recorro con la mirada mi apartamento buscando la fuente de tal afirmación. Matt está apoyado contra la pared, al lado de la parte inacabada del mural, con los pulgares metidos en los bolsillos delanteros de sus pantalones vaqueros.

—¿Es que tu madre nunca te dijo que era de mala educación entrar sin llamar? —le regaño. Pero ver a un ángel allí de pie, junto a un dibujo del Infierno que va desde el techo hasta el suelo, es más de lo que puedo soportar y suelto una carcajada.

Los rizos rubios rojizos de Matt le llegan casi hasta los hombros y su bronceado rostro es más que angelical, excepto por el hecho de que me está mirando como si quisiera matarme. Si no fuera porque sé que no es así, juraría que se trata de un ángel vengador y no un ángel guardián. Pero mientras me recupero del ataque de risa, una sonrisa se insinúa en sus ojos azules.

—Es posible que dijera algo en algún momento.

Odio que Frannie necesite un guardián. Odio no poder seguir protegiéndola. Pero mi poder ha desaparecido por completo. No queda ni una triste chispa en mi interior. Realmente añoro poder lanzar fuego eterno con mis manos y hacer que algo acabe en el olvido.

¿Pero estaría dispuesto a volver a ser lo que era?

Nunca.

Arqueo una ceja mientras lo observo.

—Entonces, si Frannie viene de camino, ¿por qué no estás tú con ella vigiándola? ¿Tan pronto empiezas a cometer errores en tu trabajo? ¿Qué mierda de maldito ángel de la guarda eres tú?

Una amplia sonrisa ilumina el rostro de Matt mientras se separa de la pared.

—Conduce tan rápido que ni siquiera los perros del Infierno podrían alcanzarla en el trayecto de su casa hasta aquí.

Sonrío al pensar en Frannie conduciendo su Mustang azul oscuro de 1965, con la capota bajada y la música a todo volumen. Realmente conduce peligrosamente rápido, pero es sexi.

—Gracias por tu apoyo anoche, por cierto —le digo a Matt mientras él pasa el dedo por mis libros de la estantería y estudia los títulos—. Tenía la esperanza de que todo eso de dormir estuviera un tanto sobrevalorado. Al parecer me equivoqué.

Mientras saca de la estantería mi original del *Purgatorio* de Dante se queda mirándome con el ceño fruncido.

—Sabía que ibas a resultar inútil. Por qué pensó Gabriel que podías sernos de ayuda es algo que nunca podré entender. —Pasa las páginas y luego vuelve a

mirarme—. Acabarás volviendo a convertirte en lo que eras antes. Estoy seguro de ello. Los demonios nunca cambian.

—Pero yo ya no soy un demonio. No hay ningún «lo que era antes». He hecho borrón y cuenta nueva.

—Cambiarás. —Me enseña una ancha sonrisa de autosuficiencia y luego devuelve el ejemplar de Dante a la estantería—. Y, cuando lo hagas, espero estar presente. Estoy deseoso de poder castigar a alguien y nada me haría más feliz que saber que ese alguien eres tú.

—Pensaba que solo podía infligir castigo la mano de Dios.

Una enigmática sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—No creas todo lo que oyes.

Me doy la vuelta y regreso al baño, sacudiendo la cabeza, para quitarme con la toalla los restos de espuma de afeitarse que todavía tengo en la cara.

—¿Cuándo llegará? —pregunto mientras vuelvo a analizar mis heridas en el espejo y repaso con los dedos los oscuros círculos que han aparecido debajo de mis ojos.

Con uno de mis dedos recorro la enrojecida cicatriz que atraviesa la parte derecha de mi rostro, regalo de despedida de Beherit, mientras Matt mira atentamente por encima de mi hombro hacia el espejo y dice:

—Ahora.

Lo empujo hacia un lado y salgo corriendo. Cruzo el apartamento hacia la ventana, que abro justo a tiempo para ver a Frannie aparcar al lado de mi Shelby Cobra negro del 68 y salir del coche. Su rostro está iluminado con una sonrisa mientras me saluda con la mano y se dirige hacia la puerta de mi edificio. Bajo a toda velocidad hacia el recibidor y me la encuentro por las escaleras.

Ella acelera el paso sonriendo.

—¡Eh! Te he echado de menos.

El largo y rojizo pelo de Frannie se agita suelto. Y no puedo evitar admirar el modo en que esa camiseta blanca de tirantes y esos gastados pantalones vaqueros dibujan cada curva de su cuerpo sin ser ajustados. Un roto en los pantalones, que deja a la vista un trozo de piel, me provoca y me hace estremecer.

—¡Hola! —digo. Le paso los brazos por los hombros y recorro su cabellera con mis manos, recogiendo su mata de pelo en la base de la nuca—. Yo también te he echado de menos.

Ella se pone de puntillas, estirando el cuerpo dentro del pequeño espacio que le dejan mis brazos, pero aun así, tengo que inclinarme hacia delante para poder besarla. La acompaño mientras subimos las escaleras hasta llegar a mi apartamento.

Abre la puerta y entra y cuando encuentra a Matt, sus ojos se iluminan. El simple hecho de verlos juntos, de ver lo feliz que está de tenerlo de nuevo a su lado, hace que me resulte evidente que ha sido su influencia lo que ha hecho que Gabriel eligiera a Matt como ángel guardián de Frannie. Y, lo mejor de todo es que ella ahora lo mira con el corazón en paz y los ojos llenos de alegría. La

culpabilidad ha desaparecido. Tenía que perdonarse a sí misma por la muerte de Matt para que Gabriel pudiera marcar su alma para el Cielo. Yo sé que por fin se ha perdonado, pero algo se ilumina en lo más profundo de mi ser cuando lo veo reflejado con tanta claridad en su rostro.

—Eh, Matt, cuánto tiempo sin verte —dice.

La expresión de Matt es cálida y auténtica cuando mira a su hermana.

—Pensaba que ibas a romper la barrera del sonido mientras conducías hacia aquí. Estaba convencido de que serías capaz de ganarme y llegar antes que yo. —Le pasa un brazo por el hombro—. Si no conduces con más cuidado, tendré que envolver ese Mustang en una burbuja celestial. —Pone los ojos en blanco y se queda como si estuviera contemplando el techo—. Y puede que hasta tenga que trucar el acelerador.

—Toca mi coche y eres hombre muerto, mi querido hermanito. —Tan pronto como las palabras han salido de su boca, abre los ojos llenos de pesar—. Quiero decir que...

Matt suelta una carcajada y la aprieta contra su cuerpo.

—Sí, bueno, buena suerte con eso de matarme. Y no soy tu hermanito.

Ella traga saliva, angustiada, y le ofrece una astuta sonrisa.

—Sí que lo eres. Según mamá por ocho minutos y medio.

Se aparta de él, se dirige hacia la pequeña mesa de madera de la cocina y deja su mochila en una silla.

Hasta hace unas semanas yo no tenía que comer, así que la única pieza de mobiliario que tenía en mi apartamento era una enorme cama de matrimonio negra con propósito recreativo. La suma de la mesa y las dos sillas se hizo necesaria al no dejar de encontrar restos de comida en la cama. Y ahora que también es necesario lavar las sábanas, los inconvenientes de ser humano crecen por momentos: comemos en la mesa.

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—¿Has comido? Iba a hacer unas tortillas.

Ella me mira atentamente y con un dedo recorre la cicatriz de mi rostro. Yo me pierdo en sus ojos.

—Me parece bien —dice.

—¿Qué?

Una diabólica sonrisa le cruza el rostro.

—Lo de las tortillas.

—Ah, sí.

## MATT

—No tengo hambre, gracias —digo.

Ambos me miran y Frannie sonrío abiertamente.

—Eso es porque nunca has probado una de las tortillas de Luc. Sacó la receta de la página web de cocina de Rachael Ray. Están para morirse —dice ella y justo después hace una mueca.

—Lo he pillado, hermanita. Son buenas. ¿Y cuál es el plan para hoy?

Frannie se encoge de hombros.

—Bueno, supongo que comer. Luego... —Ella mira al demonio y una traviesa sonrisa le ilumina el rostro—. ¿Estás pensando en lo mismo que yo...?

Pongo los ojos en blanco y le lanzo una mirada de ira a Luc.

Él se inclina sobre la mesa y me sonrío satisfecho mientras Frannie se dirige hacia la nevera.

—No seas tan malpensado, querubín. El Mustang necesita un cambio de aceite.

Luc se levanta de la mesa y se dirige a la cocina. Coge una sartén y un cuenco del armario que hay debajo de los fogones. Frannie saca huevos, leche y unas bolsas de verduras de la nevera. Mientras se mueven por la cocina ninguno de los dos habla, pero mientras preparan las tortillas, parece que son totalmente inconscientes de que en ningún momento dejan de tocarse, siempre están conectados y en perfecta sincronización.

De pronto, siento que lo que están compartiendo es demasiado íntimo. ¿Cómo puede resultar tan íntimo preparar la comida? Aprieto los dientes para evitar soltar un gruñido. No puedo soportarlo. Tengo que salir de aquí.

—Bueno, chicos, si no me necesitáis, me marchó.

Frannie se gira y me sonrío.

—¿Seguro que no quieres una tortilla? —dice con un tomate en la mano.

No puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Tengo que mantener esta fantástica figura.

Ella suelta una carcajada mientras yo me desvanezco, atravieso la pared y salgo al descansillo, donde me quedo haciendo guardia.

Solo.

Como siempre.

Me deslizo por la pared para sentarme en el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Cuando Gabriel me sacó del entrenamiento para trabajar exclusivamente conmigo, me dijo que tenía un encargo especial para mí. Un trabajo que nadie podría hacer mejor que yo. Cuando me dijo que sería el ángel guardián de Frannie no me lo podía creer. No estaba orgulloso de cómo la había tratado cuando estaba vivo y el hecho de tener solo siete años no era ninguna excusa. Era perfecto. ¿Cuánta gente tiene la oportunidad de hacer las paces con su hermana desde el otro lado?

Lo que se olvidó de mencionar es que mi hermana estaba enamorada de un demonio muy particular. ¿Cómo pudo permitir que sucediera tal cosa?

Así que aquí estoy sentado, golpeando la cabeza contra la pared sin poder hacer nada mientras mi hermana está ahí dentro, en peligro. Gabriel me lo

dejó muy claro. No puedo interferir. Dice que es su vida. Su decisión. Dice que todo saldrá bien.

Yo no lo creo en absoluto.

Y es solo cuestión de tiempo hasta que el demonio haga algo que demuestre que tengo razón.

## FRANNIE

—Gabe está haciéndome practicar con eso de mi influencia —le digo después de comer, mientras le paso la sartén para que la seque.

Sus ojos se vuelven más duros y ni siquiera trata de ocultar los celos que impregnan su voz.

—Deja que lo adivine: por la noche los dos solos en tu habitación.

No puedo evitar la sensación de mariposas en mi estómago ni ponerme roja y odio esa sensación de culpabilidad. Pero así me siento. Todavía no tengo ni la más remota idea de lo que siento por Gabe. Lo único que sé es que lo necesito. Cuando él está cerca, casi puedo creer que todo irá bien y cuando me toca es como si todos mis miedos se derritieran y desaparecieran.

Sumerjo las manos en el fregadero lleno de agua con jabón y empiezo a fregar los platos como una loca.

—A veces. Pero si la única persona con la que puedo utilizar mi influencia es Gabe, de poca cosa sirve.

Él guarda violentamente la sartén en el armario haciendo tal estruendo que parece que hasta el suelo se estremezca y luego se queda observándose las manos.

—Sinceramente, dudo que haya algo que no puedas conseguir que Gabriel haga por ti si se lo pides.

Yo lo miro atentamente, porque en realidad el que puede leer mi mente es Gabriel, no Luc. Pero el modo en que me mira hace que me pregunte si él también puede hacerlo.

Suspiro profundamente y me tomo un momento para recobrar la compostura.

—No importa, básicamente lo que hemos estado haciendo es pasear por el parque. —Siento la presión en mi pecho mientras intento deshacerme de la frustración que amenaza con apoderarse de mí cada vez que pienso en todo esto—. Él cree que debería ser más fácil influenciar a los niños. Pero al parecer soy mejor provocando cosas que evitándolas.

Él tira del mango de la sartén que ha guardado en el armario.

—Bueno, eso es un buen augurio para la paz mundial.

Yo dejo caer la cabeza y me quedo mirando mis manos llenas de jabón mientras lanzo un gemido.

—Soy una mierda haciendo esto. No tengo ni idea de lo que él cree que soy capaz de hacer, pero ni siquiera puedo levantar un castillo de arena con un cubo

y una pala. —Odio las lágrimas que resbalan por mis mejillas y caen sobre mis manos. En estos momentos lo odio todo—. No puedo hacerlo. No funciona.

Yo no lo miro, pero él se gira hacia mí y me abraza fuerte contra la encimera, su cálido cuerpo contra el mío. Su voz, de pronto, suena suave.

—Lo siento Frannie. Ya sabes lo duro que resulta esto para mí... acostumbrarme a todos estos sentimientos. Todo irá bien. —Él me levanta la barbilla con el dedo y me limpia con la mano los restos de espuma que tengo en la frente—. Todo se solucionará —dice mientras arquea una ceja—. Puedes practicar conmigo.

Yo me sorbo la nariz y me limpio la cara con el reverso del brazo.

—Ya lo he hecho.

Él sonrío abiertamente y se mira para asegurarse de que sigue intacto.

—¿Debería preocuparme?

Yo intento devolverle una especie de sonrisa.

—No. Ya hice que mi influencia ejerciera su poder sobre ti sin siquiera advertirlo. Fuiste como mi conejillo de indias. Mi primera víctima.

Antes de saber lo que era mi influencia, o que la tenía siquiera, la estaba utilizando sobre Luc. Evidentemente, en aquel momento yo tampoco sabía que Luc era un demonio. Pero lo quería. Mucho. Y conseguí que, de algún modo y por pura casualidad, se transformara en humano gracias a mi influencia.

Él me empuja todavía más contra la encimera y no puedo ignorar cómo me hace sentir tener su cuerpo tan cerca del mío: como si fuera de gelatina. La mirada de sus ardientes ojos negros hace que se me acelere el corazón.

—¿Y cómo fue el experimento?

Siento que todo mi cuerpo sube de temperatura a pesar de la fría espuma de los platos que me corre por los brazos. Envuelvo su cuello con mis manos llenas de jabón y observo la mueca que hace al sentir que le gotea el agua fría por la espalda.

—Creo que todavía no he avanzado lo suficiente con el experimento como para poder sacar conclusiones. Es una investigación en curso. Ya sabes, como... —aprieto mi cuerpo contra el suyo—. ¿Qué sucede si hago esto? —Siento reaccionar su cuerpo; sus músculos se tensan y se le acelera la respiración. Yo sonrío—. O esto... —continúo, mientras me pongo de puntillas para besarle la nuez—. Una reacción interesante —digo cuando él echa la cabeza hacia atrás y se estremece—. Tendré que anotarlo en mi diario.

—Entonces parece ser que cuando haces algo de manera natural tu influencia funciona perfectamente. Puede que te estés esforzando demasiado en intentarlo.

Él levanta la cabeza y me mira con sus insondables ojos negros todavía ardiendo. Pero de pronto se aparta.

—Ojalá pudiera terminar lo que he empezado.

Yo lo vuelvo a atraer hacia mí, cogiéndolo por la cintura de los vaqueros.

—¿Por qué no puedes terminarlo?

—Porque la señora de la biblioteca me dijo que la llamara a la una. —Y hace un gesto hacia el reloj del microondas que marca las doce y cincuenta y ocho.

Lo aparto de un empujón y me doy la vuelta hacia el fregadero lleno de espuma y de platos.

—Muy gracioso —digo mientras sacudo la cabeza por la frustración—. ¿Ves lo bien que funciona mi influencia? Ni siquiera puedo conseguir que te olvides de hacer una triste llamada.

Él desliza sus manos hacia la curva de mis caderas y yo giro la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro.

—Oh, tu influencia conmigo funcionó más que bien —dice con una malvada sonrisa en el rostro—. La única razón por la que me estoy resistiendo a tus encantos en este justo instante es porque estoy prácticamente convencido de que podremos seguir por donde lo hemos dejado una vez haya terminado con la llamada.

—No estés tan seguro —le digo a sabiendas de que tiene razón—. Si te retiras ahora, pierdes el turno.

Por un momento parece realmente preocupado, pero luego su rostro se relaja.

—Ya lo veremos.

La sonrisa ha vuelto a sus labios y en sus ojos pueden leerse todo tipo de ideas más que perversas. Se sienta en una de las sillas de la cocina y se echa hacia atrás, balanceándose sobre las dos patas traseras de la silla.

Cuelga el teléfono pasados diez minutos, mientras yo estoy guardando en su sitio los últimos platos de una vieja vajilla de mi madre. Él vuelve a poner la silla sobre sus cuatro patas y me dice:

—Empiezo el sábado.

—No entiendo por qué crees que necesitas un trabajo. Deberías poder vivir eternamente... —Me muerdo la boca al ver su sonrisa de oreja a oreja—. Quiero decir, que podrías vivir el resto de tu vida de la indecente cantidad de dinero que tienes ahorrado.

Él detiene su mirada sobre mí.

—Y tú también.

Me vuelvo hacia la encimera, tratando de ignorar el estremecimiento que me recorre el cuerpo al pensar en todo lo que él está diciendo con esas palabras.

—No voy a quedarme con tu dinero, Luc. Ya lo hemos hablado.

—Muy bien, así que tú te vas a trabajar y yo me paso el día pululando por la pizzería o bien puedo intentar convertirme en un miembro productivo de la sociedad.

—Supongo que es lo mejor —admito.

Luc solía distraerme cuando estaba por allí. Mi primera semana en mi nuevo trabajo fue bastante dura y terminó teniendo que pagarle a Ricco, el dueño de la pizzería, lo que llevaba en la bandeja que tiré al suelo cuando me dirigía a una de las mesas.



Cuelgo el paño de la cocina del grifo y me doy la vuelta para mirar de cara a Luc.

—Probablemente Ricco haría que te arrestaran por acosarme y por asustar a toda la clientela si te pasaras el día metido en su restaurante. Todavía tienes ese no sé qué oscuro que da un poco de miedo, ya lo sabes. Te meterían en un agujero y tirarían la llave la mar.

—Hablando de llaves... —Se mete la mano en el bolsillo, saca una pequeña llave plateada y la mantiene colgando en el aire. Brilla bajo la tenue luz que entra por la ventana—. Es la llave del apartamento. Sé que solo es para un par de meses, pero quiero que puedas entrar y salir cuando te apetezca.

Yo me siento en sus rodillas.

—Pensaba que eso era lo que hacía ya.

—No tienes por qué llamar. —Me rodea con sus brazos y me acerca hacia él.

—¿No tienes miedo de que entre y te encuentre haciendo algo que no deberías estar haciendo?

—La única persona con la que podría estar haciendo eso sería contigo. —Su expresión cambia y adopta una sugerente mirada mientras desliza una mano por debajo de mi camiseta—, y en ese caso tú ya estarías aquí.

Cuando junto mis labios con los suyos, el ritmo de mi corazón se acelera. Él empieza a quitarme la camiseta.

—Por mí no os cortéis. —La voz de Gabe viene de la puerta y hace que me dé un salto el corazón.

Me doy la vuelta y allí está él, apoyado contra el marco de la puerta, con un aura angelical: una brillante sonrisa, unos rizos color platino, unos hermosos ojos azules que volverían loca a cualquiera y que relucen sobre un rostro fuerte y bronceado. Debería estar prohibido que haya alguien tan guapo.

Luc lanza un suspiro de frustración y vuelve a ponerme la camiseta.

—Por todos los demonios, ¿qué os pasa a los seres celestiales? ¿Podrías como mínimo acostumbraros a llamar a la puerta?

—¿Y perdernos el espectáculo? —dice sonriéndome mientras yo tiro de mi camiseta para volver a ponérmela bien.

Consigo liberarme de los brazos de Luc y me pongo en pie.

—Para ser un ángel, eres un poco pervertido —dice Luc.

Gabe relaja su cuerpo contra la pared y se mete la manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Hay ciertas cosas por las que merece la pena perder las alas. —Su sonrisa ha desaparecido y tiene la mirada clavada en mí—. No importa, de todos modos solo venía para decir adiós.

—¿Adiós? —El pánico que tengo siempre instalado en las tripas se apodera de mi voz. Por muy culpable que haga que me sienta, no puedo hacer que mi corazón deje de palpar de este modo cuando me mira así, cuando me mira como si estuviera viendo mi alma.

Luc se da cuenta de mi incómoda mirada y del color de mis mejillas. Se levanta de la silla y examina a Gabe.

—No dejes que la puerta te dé en el culo cuando salgas.

—No utilizaré la puerta, tranquilo —dice mientras observa el mural de Luc—. Ya sabes que ahora juegas con el equipo contrario, ¿no? Deberías hacer algo con esto —dice recorriendo la derretida superficie anaranjada del lago del Fuego con los dedos.

—Eh, puedes sacar al demonio del Infierno, pero no puedes sacar al Infierno del demonio.

La sonrisa de Luc hace que mi corazón pase de estar agitado a ir a todo gas. Gabe vuelve los ojos de nuevo hacia mí.

—Estarás bien, Frannie —me asegura, y hay una parte de mí que odia que pueda entrar en mi cabeza, que pueda leer mi mente, que sepa qué es lo que siento por él, incluso aunque yo no lo sepa.

Pero, de pronto, asimilo lo que está diciendo. Mi acelerado corazón late todavía más deprisa mientras una abrumadora sensación de alarma se apodera de mí al pensar que Gabe se marcha.

—No puedes irte. —Eso es todo lo que soy capaz de decir sin que mi voz suene como la de una histérica ni se note lo mucho que me tiembla.

Él da un paso hacia delante y me aparta unos mechones del rostro con un suave gesto de la mano.

—Es mejor así. Para todos —añade mirando a Luc.

—Pero...

—Estás en buenas manos, Frannie. Matt estará aquí si lo necesitas y Luc...

—Se le tensan los músculos de la mandíbula y cierra los ojos casi imperceptiblemente—. Luc no dejará que te suceda nada.

Luc, al oír el desafío que emana de las palabras de Gabe, da un paso hacia delante y me rodea con sus brazos.

—Tienes razón. No dejaré que le pase nada.

Yo me aparto de los brazos de Luc y me acerco a Gabe.

—¿Por qué?

Él levanta una mano y acaricia con sus frescos dedos la línea de mi mandíbula. Yo inspiro profundamente su fresco aroma a sol de invierno y me siento mucho más clamada solo por el hecho de estar de pie junto a él. Cuando responde, su voz es suave y profunda, solo para mí.

—No es bueno para mí que pase demasiado tiempo a tu lado, Frannie.

—Pero...

—Ambos estáis marcados para el Cielo, y si os tenéis que marchar, vuestros escudos celestiales os mantendrán a ambos escondidos. Con Matt cerca cuidando de ti, todo irá bien. Pero yo no puedo quedarme —dice bajando la mirada al suelo.

Intento tragar saliva y deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Está bien —digo, consciente de que él lleva razón porque hay un motivo por el que ahora mismo temo girarme para mirar a Luc. No puedo negar que, por mucho que quiera a Luc, tengo una profunda conexión con Gabe. Luc es mi corazón y mi alma, pero Gabe es mi ancla. Lo abrazo y me alejo de él tan pronto como empiezo a sentir las lágrimas inundando mis ojos. Doy un paso atrás y Luc me rodea la cintura con sus brazos, mucho menos posesivo que antes. Lo miro convencida de lo que voy a ver en sus ojos, pero me sorprende al descubrir una mirada suave y llena de compasión. Me aprieta delicadamente entre sus brazos y me ofrece una tranquilizadora sonrisa.

Me doy la vuelta hacia Gabe y lo miro fijamente a aquellos ojos azules, infinitos como el cielo.

—Entonces, ¿cuándo te veré de nuevo?

—Iré yendo y viniendo para comprobar cómo marchan las cosas.

—¿Lo prometes? —Soy consciente de lo desesperada que suena la pregunta, pero no me importa.

Él levanta la mirada, pero no la cabeza, y me observa atentamente por debajo de sus largas pestañas blancas.

—Te lo prometo.

Sigue mirándome y, aunque sus labios no se mueven, estoy convencida de que me ha dicho «Siempre estaré a tu lado cuando me necesites».

Vuelvo a asentir y me limpio las lágrimas con el antebrazo. Abro la boca pero no hay ninguna palabra, así que vuelvo a cerrarla. Pero mis ojos expresan lo que mi boca no ha sabido decir. Y yo sé que él puede verlo, porque se le empañan los ojos y traga saliva con dificultad mientras desaparece.

—Lo siento, Frannie —dice Luc acercándose hacia él—. Intento no ponerme celoso, intento entender la conexión que hay entre vosotros dos...

—No es culpa tuya. —Lo abrazo con más fuerza. ¿Cómo voy a pretender que lo entienda si ni siquiera yo puedo saber qué es lo que siento?

Desliza la mano hasta mi rostro y me levanta la cabeza para darme un beso. Yo le rodeo el cuello con las manos, le cojo el pelo y lo atraigo con fuerza hacia mí, pero solo dura un instante antes de que yo me aparte de él, avergonzada. En sus besos ando buscando algo que no está ahí. Algo que he sentido solo en otro beso. Tengo que encontrar otro modo de calmar mis nervios.

Hago caso omiso del interrogante que pende de los ojos de Luc mientras él me mira atentamente, con el ceño fruncido.

—¿Me ayudas a cambiar el aceite del coche antes de ir a trabajar?

Estoy convencida, por el modo resignado en que me mira, que sabe que estaba pensando en Gabe y me fastidia ser tan mala escondiendo este tipo de cosas.

—Tus deseos son órdenes —dice—. ¿A qué hora tienes que estar en el trabajo?

—A las tres.

Él mira el reloj de la cocina.

—Entonces será mejor que nos pongamos ya con ello. ¿Tienes todo lo que necesitamos?

—En el maletero.

Me saco el llavero del bolsillo haciendo tintinear las dos llaves que ahora cuelgan de mi llavero, con forma de pata de conejo, con una sonrisa insinuante.

Él me sonrío y me coge la mano, dirigiéndome hacia la puerta.

—Has olvidado comprobar si tu llave funciona —me dice—. Pruébalo ahora.

Las hago tintinear de nuevo mientras salimos al descansillo y utilizo la nueva y brillante llave que me acaba de dar para cerrar la puerta. Luego la saco del cerrojo y siento cómo él me abraza con fuerza por detrás, cruzando las manos sobre mi cintura y mi estómago. Con los labios dibuja una línea desde de mi mejilla a mi oído y me susurra:

—Estamos juntos en esto, Frannie. Todo irá bien.

Me doy la vuelta entre sus brazos y vuelvo a besarlo, esta vez deseándolo solo a él. El calor de su beso invade mi cuerpo hasta que noto que empieza a arder todo mi ser.

Mientras le acaricio con el dedo la cicatriz que Beherit dejó en su mejilla, me estremezco al pensar lo cerca que estuve de perderlo. Quiero decirle lo mucho que confío en él y que sé que estaría dispuesto a todo por mí. Ya lo demostró cuando sacrificó su propia vida para salvarme de Beherit. Quiero decirle que yo también estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Pero no puedo hacer que las palabras atraviesen el nudo que tengo en la garganta. En lugar de eso, me doy la vuelta hacia la puerta, parpadeando para apartar las lágrimas. Meto la llave en el cerrojo, abro la puerta y lo empujo de nuevo dentro del apartamento.

Lo dirijo hacia la cama mientras lo beso. Nos sumergimos bajo las sábanas y lo único que quiero es perderme en su cuerpo, no tener que pensar en nada durante un tiempo. Pero justo cuando alcanzo el botón de sus pantalones, él me coge la mano con la suya y la lleva hasta su cara, besando suavemente la palma de mi mano.

—Así no, Frannie. Nuestra primera vez no será por él.

—No es por él. Solo quiero que tú y yo estemos más cerca. —Pero ni siquiera mientras lo digo estoy plenamente segura de que sea cierto, porque esos ojos azules y esa brillante sonrisa están clavados en mi mente. Siento el hueco que hay en mi corazón, donde él tendría que estar. Ya echo de menos a Gabe.

—Pronto —dice Luc mientras me besa—, pero ahora no.

## MATT

Gabriel me ha puesto al corriente de todo antes de atravesar la pared y entrar en el apartamento de Luc. Estoy solo. Cuando he empezado a seguirlo, él me ha hecho un gesto con la mano, indicándome que esperara en el descansillo. Me

ha dicho que necesitaba un momento de intimidad con Frannie. Me pregunto cómo pretende conseguirlo con ese demonio metido también en la habitación.

Frannie y el demonio han salido del piso un poco después, y ella parecía profundamente afectada. Pero él le ha susurrado algo al oído y han vuelto a desaparecer dentro del apartamento.

Y yo estoy aquí sentado desde entonces, pensando en qué se llevarán entre manos estos tres.

Gabriel es un Dominación. Uno de los más poderosos en el Cielo. El tercero en la línea hasta el mismísimo Dios. Pero cuando lo veo con Frannie, todo en él cambia, todo se suaviza. Él haría cualquier cosa por ella y los ojos que ha puesto cuando me ha dicho que se marchaba... Angustia. Si no supiera que es imposible, juraría que está enamorado de Frannie.

¿Podría amarla? Los ángeles aman a todos los seres vivos. Eso es lo que hacemos. Pero, es decir... ¿hay algo más que eso? ¿De verdad la ama de ese modo?

Todavía sigo reflexionando sobre ese asunto cuando Frannie y el demonio vuelven a aparecer en el descansillo. Los sigo hacia las escaleras mientras ambos andan acompasados, cogidos de la mano. Justo cuando llegamos al final de las escaleras, la puerta del aparcamiento se abre de par en par. Frannie la mantiene abierta mientras aparece un montón de cajas con piernas. El montón de cajas tropieza con ella y la de más arriba se cae, dejando ver la cara de una chica. Es más o menos de nuestra edad, pero más alta que Frannie, con una abundante melena color chocolate cayéndole por el rostro y ocultando sus ojos verdes.

—Mierda. Lo siento —dice justo cuando la caja de arriba cae del montón. El demonio la coge antes de que llegue al suelo.

—La tengo —dice—. ¿Dónde vas?

—Al dos dieciocho —responde ella.

Él mira a Frannie.

—¿Quieres que te ayudemos?

—Claro —dice Frannie cogiendo una caja de la pila—. ¿Te mudas aquí?

—Sí —dice ella desviando la mirada—. Gracias, pero no tenéis por qué ayudarme, chicos. Parece que os ibais a alguna parte.

—Nada importante. El aceite puede esperar —dice Frannie mientras se vuelve para subir las escaleras.

El apartamento doscientos dieciocho está justo al lado del de Luc. Observo cómo los tres cargan cajas de la parte trasera de la destartada camioneta Ford naranja, suben las escaleras y las dejan en su apartamento. En tres viajes lo tienen todo descargado. La chica se seca el sudor de la frente con la manga de una sudadera gris.

—Debo irme a trabajar —dice Frannie—. ¿Ya lo tienes todo?

La chica se queda mirando al suelo mientras habla, sin coincidir con los ojos de Frannie.

—Ya está todo, gracias. No tengo muchas cosas.

Yo me quedo observando la pequeña pila de cajas que hay en medio de la habitación. Si eso son todas sus cosas, tiene razón.

La observo mientras examina la habitación. Aparte de los armarios de la cocina, que están pintados de un alegre naranja mandarina, el apartamento tiene un aspecto bastante lóbrego. Solo un rectángulo con unas paredes grisáceas desconchadas. Igual que en el apartamento de Luc, hay una gran ventana que da al aparcamiento. El cristal de la parte de arriba está roto, la rotura forma una intrincada tela de araña que parece que se deshará en cientos de fragmentos al más mínimo contacto. En la pared, a la derecha de la ventana, hay un desgastado sofá color verde con un gran agujero en el cojín del centro, por el que se sale toda la vieja espuma del relleno y cae al suelo. Echando un vistazo general al apartamento es difícil comprender el brillo de alegría de los ojos de la nueva inquilina. Para mí es simplemente deprimente, que ya es decir mucho, pues los ángeles no se deprimen.

Frannie le ofrece la mano.

—Bueno, soy Frannie y este es Luc.

La chica estira el brazo hacia Frannie, dubitativa, y le estrecha la mano.

—Lili.

Ella agacha la cabeza como si le diera vergüenza ser el centro de atención.

—Bueno, y ¿de dónde vienes? —le pregunta Frannie.

—Oh, bueno, pues... en realidad de ninguna parte. Me he trasladado aquí porque iré a la universidad estatal en otoño. No puedo permitirme un piso más cerca de la ciudad.

—Bueno, yo estoy en la puerta de al lado si necesitas algo —dice Luc mientras él y Frannie se dirigen hacia la puerta.

—Gracias —responde ella y se pasa una mano por el pelo, apartando los mechones húmedos por el sudor de su rostro y ofreciéndome una visión completa de su cara.

Es bueno que sea invisible porque, cuando el demonio y Frannie desaparecen por el descansillo bajando las escaleras, me doy cuenta de que me he quedado clavado en el suelo mirándola. No puedo dejar de mirarla. Es totalmente diferente a todo lo que haya podido ver antes. O sentir. Hay algo completamente nuevo en su alma. Soy incapaz de leerla bien, solo consigo vislumbrar efímeros fragmentos de su alma. Tiene un lado oscuro y su alma ya está marcada para el Infierno, pero también hay una parte herida que pide ayuda. Y algo en esos ojos verdes hace que quiera ser yo el que la ayude.

Estoy tan fascinado con ella que me olvido de mi propia existencia y no soy capaz de apartarme a tiempo al advertir que ella se dirige a la puerta para cerrarla. Cuando me atraviesa siento un escalofrío, como si... Un algo.

¿Deseo?

Creo que sí. Me estremezco al sentir el eléctrico hormigueo que recorre todo mi ser, luego me doy la vuelta y veo que cierra la puerta y pasa el cerrojo.

De pronto se me ocurre pensar que estoy en el lado equivocado de la puerta. Esos cerrojos están ahí para mantener a la gente fuera. Me doy la vuelta, pero dudo un momento antes de atravesar la pared para salir al descansillo. Esos ojos... Hay algo en esos ojos.

Me acerco a ella y estiro el brazo para alcanzar su rostro, sintiéndome como una polilla inexplicablemente atraída por la llama. Necesito tocarla. Pero justo antes de que mi mano logre rozar su piel, ella se gira y se dirige hacia el montón de cajas.

Por todos los santos, ¿qué estoy haciendo?

Sacudo la cabeza y luego atravieso la pared y me quedo en pie en el descansillo un largo rato, intentando recobrar la compostura.

¿Qué ha sido eso? Nunca antes había sentido una necesidad tal, un deseo tan incontrolado, esa agitación salvaje en mi interior. Respiro profundamente y doy unos saltos con la intención de aliviar la tensión en mi interior, pero todavía no soy yo mismo cuando me traslado al asiento trasero del coche de Frannie. Me mantengo invisible mientras ella sale del aparcamiento y hasta que no estamos a mitad de camino, yo sentado en el asiento trasero del descapotable con el viento despejando la neblina que había en mi cabeza, no me materializo y dejo que Frannie y el demonio me vean.

—Qué alegría que te unas a nosotros —dice él mientras yo alcanzo el cinturón de seguridad para ponérmelo.

Me acurruco contra el respaldo del asiento, todavía un poco agitado por lo que sea que haya sucedido con Lili.

—Bueno, ¿qué pensáis de esa chica?

El demonio me lanza una inquisitiva mirada.

—Bien, creo que es una chica.

Yo frunzo el ceño.

—Ya, ya. Quiero decir que parecía como si... no sé, como si necesitara ayuda o algo así.

Frannie me mira por el espejo retrovisor.

—Puede. Parecía muy tímida y como si estuviera asustada. Me mantendré alerta.

Yo también.



## LA COCINA DEL INFIERNO

### FRANNIE

Llego a casa y me pongo la camiseta ultraceñida del restaurante de Ricco, pero ya llego tarde a trabajar. Y Ricco no va a permitir que lo olvide.

La mejor amiga de mi hermana Maggie, Delanie, la maravillosa camarera, está de pie al lado de Ricco, en la caja, con el largo y negro cabello recogido en una coleta y sus ojos grises con un destello de satisfacción.

—Hola, Frannie —dice, luego mira de reojo a Ricco y sonrío levemente antes de dirigirse hacia el grifo de los refrescos.

Ricco me mira frunciendo el ceño, sus rasgos italianos hacen que su rostro parezca más duro y severo. Sin embargo, yo no me lo tomo como algo personal. He llegado a la conclusión de que Ricco odia a todos sus empleados. Está convencido de que estamos allí para robarle hasta el último centavo.

—Te toca la fiesta de cumpleaños de las tres y media —me dice.

Genial. Un grupo de asquerosos niñatos y sin propina.

Él mira por encima de mi hombro y una sonrisa le ilumina el rostro dejando al descubierto una boca llena de unos dientes torcidos y manchados por el café. Levanta el puño en el aire, dejando a la vista una gran mancha amarillenta en la axila de su uniforme de cocinero.

—¡Un toro! —le dice a Luc esperando que él le choque la mano con los nudillos.

Supongo que, al parecer, no le molesta que Luc ande pululando por aquí todo el día.

—¿Un toro? —pregunto.

Una cínica sonrisa aparece en los labios de Luc y él sacude la cabeza.

Vuelvo la cabeza hacia Ricco y veo que sigue sonriéndole a Luc, pero no me responde. Seguramente guarda relación con el hecho de que las chicas estén siempre revoloteando a su alrededor. Cosa que es cierta. Mientras observo cómo



Luc se dirige hacia su mesa habitual, situada al fondo del restaurante, veo que las únicas personas que hay en el local, un grupo de cuatro adolescentes de primer año de instituto que hay en esa zona, se dirigen directamente hacia la mesa contigua a la suya.

Me doy cuenta de que estoy mirando a Luc y sonriendo como una lela cuando la voz de Ricco interrumpe mis meditaciones.

—Pareces contenta con lo de la fiesta de cumpleaños. Igual acabo dándote a ti todas las fiestas.

—No importa —digo y me dirijo al mostrador donde Dana, la otra camarera a la que Ricco todavía no ha echado a la calle, pasa por mi lado arrastrando los pies con un vaso gigante de refresco.

Cojo aire profundamente y trato de centrarme.

—Hoy nada de pizzas por el suelo —digo en voz alta, haciendo un pacto conmigo misma. Tengo que concentrarme. Pero sé de sobra que es inútil. Me duele el corazón y es casi imposible sacarme a Gabe de la cabeza. No puedo creer que realmente se haya marchado... pero sé que es cierto. No puedo sentirlo a mi lado. No me había dado cuenta de que se había convertido en una pieza tan importante de mi ser hasta que se ha ido. Respiro profundamente otra vez y suelto un largo suspiro mientras me doy la vuelta hacia donde está sentado Luc. De inmediato, vuelvo a sentirme culpable.

—Eres lista al tenerlo siempre vigilado.

Me ato el corto delantal negro a la cintura y me doy la vuelta hacia Delanie, que está de pie justo detrás de mí. Tiene una maliciosa sonrisa en los labios mientras me hace un gesto con la cabeza hacia donde está sentado Luc. Dana deja el vaso de refresco sobre la mesa mientras las adolescentes de primer año discuten sobre quién tiene que sentarse justo de espaldas a Luc. Tres de ellas se embuten en el banco de un lado, dejando sola a una rubia con granos, que hace un mohín de pura pena, para que se siente justo en el banco que le da la espalda a Luc.

Delanie se encoge de hombros y se dirige hacia Luc para limpiar la mesa con un trapo.

## LUC

Todavía no he decidido si decirle a Frannie que está trabajando para un diablillo. Llevo cierto tiempo observándolo atentamente, y hasta el momento parece inofensivo. No estoy seguro ni de que él sepa lo que es. Al igual que sus homólogos celestiales, los nefilim, los diablillos son mortales, así que si no heredan ningún poder en particular de su pariente demonio, puede que nunca lleguen a saber lo que son. Pero hay algunos signos reveladores.

Los diablillos desprenden un sutil olor a azufre. No es nada que pueda llegar a apreciar el olfato humano, pero el mío todavía lo huele.

Pasando los ratos muertos con Matt por ahí, he descubierto que los diablillos no son los únicos con señales reveladoras. Los ángeles no proyectan una sombra perfectamente delineada. Sus sombras son siempre algo borrosas en los bordes. Así que, a no ser que esté oscuro como la boca de un lobo, son fáciles de descubrir. Los demonios son incluso más fáciles de descubrir que los ángeles. Nunca pueden esconder por completo el resplandor de sus ojos. Siempre hay cierto brillo fácil de detectar con un poco de práctica, cosa que ciertamente tengo.

Me deslizo en el banco de la mesa de la esquina del fondo, con la espalda contra la pared, y estiro una pierna sobre el banco. Delanie se acerca y me limpia la mesa con un trapo sucio, dejándola peor de lo que estaba antes.

—Eh, Luc. ¿Vais a venir mañana a casa de los Gallagher a escucharnos tocar? —me pregunta desliziéndose en el banco delante de mí.

—No me lo perdería por nada.

—Genial. Se supone que vendrá un cazatalentos a escucharnos. Si alguien te pregunta, dile que has ido para escucharnos.

—Os movéis por las altas esferas. ¿Os acordaréis de vuestros viejos fans cuando toquéis en estadios abarrotados de gente?

Una sonrisa sarcástica aparece en la comisura de sus labios.

—Eso espero.

Frannie se pasea tranquilamente por el restaurante con la libreta y el bolígrafo en la mano.

—¿Qué puedo servirle, señor? —me susurra insinuante.

Delanie le sonrío a Frannie y se levanta del banco.

—Hasta luego.

—Lo que yo quiero —froto el pie contra el muslo de Frannie—, no está en el menú.

Ella frunce el ceño pero no se aparta.

—¿Dónde habías dejado estas ganas hace una hora?

—Estaba pensando en una hamburguesa de queso —digo mientras lucho por contener una carcajada al ver que ella pone los ojos en blanco.

—Un trozo de pizza de queso acartonada, enseguida —dice ella garabateando en su libreta con una floritura.

No puedo evitar que mis labios sonrían al ver a Frannie alejarse hacia el mostrador. Respiro profundamente, me obligo a apartar los ojos de ella y analizo el restaurante con la mirada.

Desde esta posición tengo una panorámica perfecta del local, incluso del diablillo de detrás del mostrador. Me tomo la libertad de observarlo un rato mientras Frannie cuelga mi comanda en la ventanilla de la cocina. Está liado con el cajón de la caja registradora, con una avaricia desenfrenada que le devora los ojos y todo el rostro. Cierra el cajón justo en el momento en que se abre la puerta. Levanta la mirada expectante pero, de pronto, su rostro se convierte en una máscara de miedo.

El vello de la nuca se me eriza. Un instante después entiendo por qué.

Rhenorian.

Puede que después de todo un resto de mi sexto sentido haya venido conmigo en mi camino hacia la humanidad.

Incluso para un antiguo demonio resulta intimidatorio. Con sus dos metros de altura y su masa de músculos, es inevitable que haga que la mayoría de los humanos se mueran de miedo. Se pasa una mano por el largo pelo castaño rojizo, con una actitud de lo más natural, y entra tranquilamente por la puerta. Cuando me ve, entrecierra los ojos y una sonrisa desdeñosa ilumina su enorme rostro redondo. Las chicas que hay sentadas junto a mi mesa se callan súbitamente mientras él se acerca e inclina su enorme cuerpo para sentarse enfrente de mí.

—Lucifer, ¡qué sorpresa más agradable!

Lucho contra el impulso de coger a Frannie y salir corriendo de allí. Es demasiado tarde. Estoy seguro de que Rhenorian tiene a alguno de sus lacayos haciendo guardia fuera. Y necesito averiguar qué sabe y por qué está aquí.

—Rhenorian. —Hago un gesto de asentimiento hacia él—. Me cuesta creer que esto sea una coincidencia.

Una enorme sonrisa se dibuja lentamente en el inmenso rostro del demonio.

—Bien y, ¿cómo hacemos esto?

—Bueno, primero tienes que mirar la carta —le digo acercándole una por encima de la mesa—, y cuando hayas decidido lo que quieres, la camarera se acerca y te toma nota.

Les echo una mirada a Frannie y a Dana que están observándome desde detrás del mostrador.

Cualquier rastro de simpatía desaparece de su rostro, pero la sonrisa sigue ahí.

—Siempre has sido un bromista, Lucifer, pero no puedes bromear con esto.

—De acuerdo. Entonces dime, ¿cómo hacemos esto?

—Bueno, eso depende. Fácil: tú te levantas y sales de aquí conmigo y, una vez fuera, nos transportamos al Infierno para el juicio. Difícil: te cojo y te saco a rastras y, una vez fuera, nos transportamos al Infierno para el juicio.

—Vaya, solo le veo un fallo en tu plan magistral.

Él se inclina hacia mí.

—¿Y cuál es ese fallo?

—¿En qué estoy pensando?

Su rostro se oscurece mientras parece que está meditando.

—No lo sé. Tienes como un campo de interferencias con el Infierno o algo así.

—Piensa un poco más, Rhen.

Levanto la mirada y veo a Frannie detrás del mostrador al otro lado del salón, luchando contra alguna fuerza invisible. Matt. Respiro más tranquilo sabiendo que ella está bajo su escudo protector. Pero aun así tiene los ojos clavados en Rhenorian, con la mandíbula apretada y todos sus músculos tensos. Conozco esa expresión. Está analizando cómo puede neutralizarlo. Consigo que me mire un instante y sacudo la cabeza casi imperceptiblemente. Rhenorian está centrado

en mí y quiero que siga siendo así. Al parecer es completamente inconsciente de que Frannie es el principal objetivo.

Frannie me mira atentamente y cuando vuelvo la mirada hacia Rhenorian, veo que tiene el ceño fruncido por la frustración.

—No puedo leer nada de lo que estás pensando. Es casi como si fueras humano o algo por el estilo.

Inclino la cabeza ligeramente hacia él y arqueo una ceja.

Él se queda mirándome un instante con el rostro lleno de interrogantes. Luego abre los ojos y se pone en pie lanzándome la mesa y haciendo volar la carta.

—¿Qué demonios?

Dirijo la mirada hacia las chicas, sentadas en la mesa de detrás de Rhenorian, que nos están observando cautelosamente.

—Tranquilo, tío —digo sin inmutarme.

Él vuelve a sentarse en el banco, tras poner la mesa en su sitio. Durante un buen rato no dice nada, solo me mira, como si intentara ver a través de mí.

—¿Cómo lo has hecho? —consigue decir por fin.

—No he sido yo. Me lo hicieron.

—¿Alguien te ha convertido en humano? ¿Has encontrado un... qué? ¿Un prestidigitador?

Me doy cuenta de que es probable que haya hablado demasiado. Intento hacer que la conversación vuelva a girar en torno a mí y digo:

—Así que ya te puedes imaginar que no me voy a transportar a ninguna parte. Podrías simplemente matarme y llevar mi alma de vuelta al Infierno, si no fuera por lo otro.

Él coge con fuerza la mesa y entrecierra los ojos.

—¿Qué otro?

Me quedo mirándolo fijamente y no puedo evitar que en mis labios se dibuje una sonrisa cuando descubro en su rostro que acaba de entender lo que le digo.

—¡Maldita sea! ¡Estás marcado para el Cielo! —dice volviendo a levantarse del banco.

—Así que ya ves, Rhen, si quiere que regrese al Infierno, tendrás que elaborar un plan mucho más concreto y discurrir mucho para hallar el modo de que yo pueda llegar hasta allí.

—¿Por qué demonios no me diría nada?

—No lo sé. Puede que él pensara que con tu limitada capacidad intelectual... Nuevamente lanza la mesa contra mí, luego me mira fijamente y farfulla:

—¡Vete al infierno, carita de ángel!

Se da la vuelta y sale del restaurante de Ricco como una exhalación, dejando tras de sí un hedor a huevos podridos.

Levanto la mirada mientras aparto la mesa y la coloco en su sitio y veo que las cuatro chicas de la mesa de al lado se han escabullido. Y cuando miro al mostrador, Ricco, Dana y Delanie están observándome boquiabiertos.

Ricco parece realmente aturdido y un poco asustado. Estoy convencido de que su pequeño cuerpo tiembla de miedo mientras se inclina en un gesto protector hacia la caja registradora. Pero no hay ni el más mínimo rastro de reconocimiento o de entendimiento en sus oscuros ojos. Ni siquiera creo que sepa que existen los demonios. Así que, por lo que parece, el demonio que forma parte de su parentela no dejó ningún rastro. No me sorprende. Los demonios no son excesivamente buenos en eso de criar hijos.

Mi mirada se vuelve hacia Frannie mientras ella sale corriendo del mostrador y se acerca a mí.

—No pasa nada, Frannie.

—¿Qué quiere?

—Rhenorian es jefe de seguridad. Lo envían aquí para llevarme de vuelta al Infierno. Pero al parecer no le informaron sobre los detalles de lo que eso implicaría —le explico mientras la miro atentamente—. Y no creo ni que sepa que existes, así que todo está bien.

Ella se inclina hacia mí, el pánico todavía evidente en su rostro.

—¿Todo está bien? No está todo tan bien. ¡No puede llevarse!

—No se me puede llevar porque estoy marcado para el Cielo —le confirmo.

Considero esas palabras durante un instante mientras Frannie me mira. Es lógico que el rey Lucifer viniera a buscar su trozo de carne, supongo. Eso explicaría el hecho de que Rhenorian haya venido hacia mí sin, aparentemente, darse cuenta de la presencia de Frannie, pero...

—¿Por qué iba a enviar Lucifer a Rhenorian a por mí y no decirle que yo era humano? —me pregunto en voz alta—. A no ser que...

Y entonces lo comprendo: es posible que no lo sepa. Mi jefe, Beherit, era el único que sabía lo que yo era. El único que fue testigo de mi humanidad. Si él, por cualquier motivo, no lo hubiera dicho...

Pero ahora él lo sabrá. Rhenorian le informará. ¿Y entonces qué?

La puerta vuelve a abrirse y todas las cabezas se giran bruscamente para ver quién es. Cuando aparece el abuelo de Frannie, todos sueltan un suspiro de alivio colectivo.

El abuelo se dirige hacia nuestra mesa. Al sentir la tensión que se respira en el salón, frunce el ceño.

—¿Qué me he perdido?

Frannie me lanza una mirada de alerta mientras su abuelo se sienta en el banco, delante de mí. Él sabe lo que soy... o lo que era. Se lo dijimos porque necesitábamos su ayuda. Pero no sabe el peligro real que corre su nieta. El hecho de que Rhenorian estuviera aquí por mí, y no por ella, no ayudaría para nada a mitigar su preocupación.

Ella le muestra una gran sonrisa que brilla como si de una circonita se tratara.

—Nada, abuelo —dice dejando mi plato en la mesa, ante mí—. ¿Qué quieres que te traiga? ¿Lo de siempre?

Su expresión muestra preocupación.

—Eso mismo.

Cuando Frannie se dirige hacia la cocina con su pedido, él me estudia atentamente.

—¿Qué está pasando?

—Nada, de verdad.

—Todas esas sandeces de demonios puede que funcionen con los padres de Frannie, pero yo sé reconocer un montón de gilipolleces cuando las veo.

Suelto un profundo suspiro y dirijo la vista hacia Frannie, que está frente al grifo de los refrescos.

—Al parecer, al Infierno no le entusiasma demasiado mi deserción.

Su ceño fruncido muestra todavía más preocupación.

—Si estás poniendo a Frannie en peligro por estar aquí...

—Entonces mejor que me marche —digo terminando la frase por él.

Fija la mirada en mí un rato más y luego se acomoda en el banco.

—Tú dijiste que fue Frannie la que te cambió.

Puedo apreciar la pregunta colgada en sus labios y la preocupación en sus ojos.

Bajo la mirada hasta mis manos y hago girar el plato sobre la mesa.

—No sé cómo funciona —digo en un intento de adelantarme a su pregunta con media respuesta.

—Pero tú dijiste que lo hiciera como lo hiciese, esa es la razón por la que la quiere el Infierno.

Levanto la mirada pero sigo con la cabeza baja.

—Sí.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer para evitar que se la lleven?

—Sigo trabajando en ello.

—Ese chico, Gabriel...

Dios, ¿cuánto le contamos aquella noche?

—Es un ángel y nos está ayudando.

—¿Pudo marcar su alma como tú querías?

Esta vez sí que alzo la cabeza y sonrío.

—Sí.

—Y tú dijiste que eso la mantendría a salvo.

—Debería.

Por el momento parece que se queda satisfecho. Yergue la cabeza y le sonrío a Frannie mientras ella se acerca con su pizza y su refresco.

## MATT

Esto es perfecto. Luc tiene a uno de los suyos tras él. Puede que sea ese enorme demonio quien consiga quitármelo de en medio. Llevárselo lejos de mí.

Sigo a Frannie hasta la cocina mientras ella lleva el pedido del abuelo, pero me detengo al ver a Luc y al abuelo cuchicheando con las cabezas juntas. Regreso a su mesa y los escucho a hurtadillas. No puedo creer lo mucho que sabe el abuelo. Un abrumador sentimiento de necesidad, de querer mostrarme a él, casi consigo que me derrumbe. Si sabe de la existencia de ángeles y demonios, ¿por qué no? ¿Por qué no debería decirle nada? Yo no tengo a nadie y Frannie los tiene a todos. ¿Por qué no puedo tener al abuelo?

Estoy a punto de hacerme visible cuando se abre la puerta y una pareja con catorce niños irrumpe en el local como un torbellino. Una fiesta de cumpleaños.

Y eso me ayuda a recomponerme.

No puedo tener al abuelo, porque va en contra de las estúpidas reglas. Tenemos prohibido aparecernos a nuestros familiares. Eso podría provocarles demasiado dolor y pena a los vivos. Si me apareciera al abuelo solo porque quiero hacerlo, pondría en peligro mis alas.

Esa es la razón por la que tan pocos de nosotros somos elegidos para ser guardianes y por qué la instrucción es tan intensa y tan dura. Las tentaciones son casi irresistibles. La mayoría de los guardianes pasan siglos formándose antes de estar listos, por lo menos hasta que su familia inmediata ha muerto ya, pero yo solo he estado una década en formación.

Vuelvo a mirar al abuelo y me alejo de la mesa. Puede que, después de todo, todavía no esté preparado. Quizá no debiera haberme saltado la cola para convertirme en el ángel guardián de Frannie.

Puede que Gabriel cometiera un gran error.